

## Un día perfecto para el hombre pez

*El último duelo del hombre pez*

RODOLFO CELIS

Himpar, Bogotá, 2021, 198 pp.

LA NARRACIÓN histórica y la autobiográfica, estas dos principales vertientes de la literatura colombiana reciente, aunque no parezcan estar muy vinculadas, tienen en común la preocupación por la vivencia del tiempo. En el inolvidable prólogo que escribió para la edición de *Poesías* de José Asunción Silva, Miguel de Unamuno se detiene en cómo la monotonía de los días iguales influye en el temperamento de un poeta (cualquier poeta nacido en el trópico) que, necesariamente, tiene que expresarse de una forma muy diferente a uno, por ejemplo, de Escocia:

[A] los que hemos nacido y vivido en esas latitudes de largos días de verano y largas noches de invierno, de este acortarse y alargarse las jornadas de sol, cambio que pone una cierta novedad, siempre vieja, en el curso de nuestra vida, cambio que distribuye nuestro régimen, a nosotros nos es difícil representarnos lo que esa isócrona repartición del día y de la noche, lo que ese ritmo acompasado y siempre de la luz y las tinieblas —como balance de un péndulo— ha de influir en el ánimo.

Al inicio de *El último duelo del hombre pez*, de Rodolfo Celis, el narrador (el mismo Celis) se encuentra en Valledupar para acompañar a su padre moribundo, o más bien, para acompañar a las mujeres de la familia, pues la relación del narrador con su padre ha sido siempre tormentosa, por decirlo de forma moderada. El narrador ha venido desde Bogotá; el calor perenne de ciudad costera en un país tropical sin estaciones y el ronroneo del aire acondicionado del hotel dan la ilusión de que el tiempo es una masa homogénea, y ayudan a avivar y entremezclar los recuerdos; una retahíla de algunos hechos felices, muchos traumáticos:

Viene dispuesto a arrancarme a golpes del sueño de entonces, [...] a repetirme que si soy tan macho me levante para que nos matemos. [...] Contengo la respiración y espero el

manotazo fiero. [...] Ese hombre ya no es mi padre, sino una criatura que la noche ha parido en la mitad de nuestra alcoba. Una mula extraviada del trapiche del diablo. [...] No sé cuántos años tengo en el recuerdo, pero puedo verme chiquito y desvalido, temblando en la cama de alambres trenzados, mucho antes que una jauría me mordiera el pecho. (p. 13)

Precedentes como Céline y Fernando Vallejo se regodean en el exceso de su ira, le permiten dictar el ritmo, la puntuación. El narrador de Celis está demasiado ocupado cuidando de sus hermanas y de su madre como para permitirse algo así; los sentimientos de rabia, tristeza, amor, abandono, se expanden y contraen en un ejercicio de constante introspección. Tal vez sea esto lo que permite una especial cercanía con la voz narradora, lo cual no está, ni mucho menos, garantizado por escribir en primera persona o en nombre propio. Para la muestra están las miles de autobiografías vanidosas que solo interesan por el renombre del personaje que escribe (o por el que escriben).

El narrador puede parecer un poco cáustico hacia el inicio de la narración, pues reacciona a todo lo que sucede a su alrededor con apuntes sardónicos más o menos ingeniosos que, finalmente, buscan demostrar la futilidad de la máscara emocional con la que intenta disfrazar el dolor y la ansiedad del reencuentro con ese ser desahuciado que tanto lo marcó. Todas las barreras tienen, obligatoriamente, que caer, pues el libro, entre otras cosas, retrata dos masculinidades muy diferentes, aunque separadas por tan solo una generación. El padre (Delfín, se llama) se pega al estereotipo del macho latinoamericano, lacónico, bebedor, que no expresa sus sentimientos si no es bajo la forma de violencia física y psicológica, y prefiere que sus compañeros de juerga estén satisfechos antes que su propia familia. Celis narra episodios de la brutal crueldad de Delfín hacia su hijo e hijas, su esposa, hacia los animales, hacia cualquiera que se atreviera a —o no tuviera más remedio que— vivir bajo el mismo techo que él. Prácticamente no existen trazos de humanidad en la caracterización de este personaje, salvo, tal vez, este: un

día Delfín ve al músico Enrique Díaz, a quien admira, comiéndose un pescado entre un grupo de admiradores. Pide un pescado igual al que Díaz está comiendo y se sienta en una mesa prudentemente lejana. Lo observa, admira sus cadenas de oro, su porte, su apetito (Delfín no puede acabar su propio pescado); después de ese encuentro, repite con cualquier excusa una palabra que le escuchó al músico (“mondaquera”) y se emborracha durante días escuchando sus canciones. Este episodio difícilmente suscita empatía hacia Delfín, sobre todo porque aparece hacia el final del libro, después de que hemos conocido una larga serie de atrocidades domésticas; pero es un matiz sabiamente aportado por el autor, que le permite a este personaje no quedarse en la mera figura de villano expendedor de abuso.

Por otro lado, la masculinidad de Rodolfo es mucho más ambivalente. Es mujeriego, pero confiesa que lo que siempre buscó en esas relaciones efímeras fue una piedad femenina análoga a la que recibía de las cinco mujeres con las que creció. Por otro lado, no es uno de estos personajes/escritores que desprecian su entorno (de nuevo hay que pensar en Fernando Vallejo), sino que encuentra placer en la música que las personas a su alrededor reproducen en sus equipos de sonido, siente compasión por los niños que trabajan, y la distancia que a veces busca extender por medio del sarcasmo muchas veces termina vencida por la melancolía, por el peso del dolor del mundo.

Pero no es la melancolía el tono dominante del libro. Muchos pasajes son frenéticos, exultantes, casi como un Kerouac en la costa, sin estaciones. El lenguaje utilizado constituye toda una propuesta, al integrar casi siempre con éxito el habla coloquial y términos “castizos” algo rebuscados, pero siempre adecuados. De este éxito da fe el hecho de que no abandoné la lectura al encontrarme con el término “estalquear” (calco del verbo inglés *stalk*, acechar, acosar); de todas formas, se le agradece al autor la apropiada adaptación al español. También están los intertextos (autobiográficos también); el más interesante es el ensayo sobre la inexistencia del vallenato, “Las batallas perdidas del acordeón”. Si al empezar a leer este ensayo se tiene la impresión de

que se ha insertado para llenar páginas (abarca doce en el libro), hacia el final de la lectura esta duda debería quedar completamente despejada. Por un lado, con su erudición furibunda, logra interesar incluso a un voluntarioso lego en el tema, como yo. Por otro lado, logra lo que todo buen ensayo debería: referirse oblicuamente a un panorama más amplio, decir algo sobre cosas más allá de su objeto directo; así, un escrito sobre el vallenato, como una amalgama de ritmos arrojados según un muy dudoso criterio por una élite blanca, termina sacando a la luz varios asuntos problemáticos de la cultura colombiana, muchos de los cuales (como el “discurso machista y patriarcal”) el narrador enfrenta durante el resto del libro.



Hay pocos lugares donde yo menos hubiera querido estar presente que en Valledupar durante el multitudinario entierro de Diomedes Díaz. Sin embargo, hacia el final del libro, fue allí donde Celis me llevó; ante su escritura apasionada, descarnada, no pude oponer resistencia. La lectura de este libro fue una experiencia de transitar con ojos renovados muchos sitios que había evitado, tanto en la vida como en la literatura. Los motivos que llevaron a Celis a escribir este libro son amplios, pues se trata de su vida entera. Esperemos que haya más, que algún detonante que ya esté acechando por ahí vuelva a poner su escritura en movimiento con un fervor análogo; de seguro la experiencia volverá a valer la pena.

**Eloy Caicedo**